

niendo los ojos en Juan, y estendiendo hácia él los trémulos y suplicantes brazos, exclamó:

— Ahora, Juan, ten piedad de mí; refiérme lo que ha sucedido á mi divino Hijo durante esta noche cruel.

El apóstol amado tomó asiento junto á su Madre adoptiva, y con frases sentidas refirió á la Virgen desolada, todo lo que nosotros hemos dicho antes á nuestros amados lectores.

El abatimiento y dolor de María eran imponderables. No hay hombre, no hay ángel que pueda formarse una idea de ello.

CAPITULO III.

Al rayar el alba.

Pedro dejó la casa de Marcos, donde tan inefable consuelo habia encontrado en las palabras de la Madre de Jesucristo, y buscando un lugar solitario donde poder llorar á placer su pecado, encaminó sus pasos al valle de las tumbas, siguiendo el mismo camino que tomara algunas horas antes acompañado de su divino Maestro, para encaminarse á la quinta Gethsemaní.

El camino estaba sembrado de manchas rojas. Aquellas manchas eran de sangre, y aquella sangre habíala derramado el Salvador de los hombres.

Á la tibia luz del crepúsculo, que empezaba á disipar las oscuras sombras de la noche, Pedro advirtió que el suelo

se hallaba manchado de sangre, y aquellas manchas refrescándole la historia de su pecado, le hicieron murmurar las siguientes palabras:

— Yo le dije: «Aunque todos te abandonen, yo no te dejaré, y si es preciso que muera en tu compañía, estoy dispuesto á morir por tí.» ¡Ah! ¿de qué manera le cumpliste la palabra empeñada? ¡Ingrato Pedro! ¿No merecía Jesús que le confesaras en público, como él te habia dado en público tambien evidentes pruebas de amistad?... ¿Qué has hecho, hoja seca que el vendebal arrebató; qué has hecho, polvo vil de la tierra? Has negado á tu amigo, has negado á tu Maestro, has renegado de tu Salvador, de ese Salvador divino que derrama toda la sangre de sus venas, que sufre los tormentos mas horribles sin quejarse, solo para poder conducirte al cielo, solo para abrirte eternamente las puertas de la gloria inmarcesible!... ¡Ah! tu crimen es tanto mas grande, cuanto mas inmenso es el amor con que sufre por tí, y ¡ay! si la misericordia divina no fuera inagotable, si la intercesion de la Madre de los pecadores no fuera omnipotente, ¿qué seria de mí? ¡Oh! ¡llora tu pecado, hiere tu pecho, que no ha tenido valor para confesar á Cristo, y que en cambio hálo tenido para negarle, y sean tus lágrimas de ahora en adelante el sustento de tu vida miserable!... Sangre divina derramada para mi bien, lávame el alma, y deja mas limpio mi espíritu, que el espíritu de los cortesanos del empíreo.

Y así diciendo iba Pedro adelantando, hasta que al hallarse fuera de la ciudad, tal vez sin darse cuenta de ello, dejó el camino que á Gethsemaní guiaba, para tomar un atajo que se abria en el valle, y que serpeando por entre las breñas, terminaba en unas cuevas abiertas en la roca por la mano de la naturaleza, que habia festoneado y cu-

bierto la entrada con verdes ramas de un arbusto florido, que crecía en la parte superior de la misma entrada de la cueva.

Tan embebido se hallaba el apóstol en sus dolorosas consideraciones, que no advirtió por donde caminaba, hasta que el suelo pedregoso y desigual, y cubierto á la vez de broza, sacándole de su absorcion indicóle que caminaba por un sendero no trillado.

Entonces Pedro se puso sobre sí; tendió una mirada en derredor suyo, y conociendo por fin el lugar donde se hallaba, dijo:

— Sin duda que la mano de Dios misericordioso me conduce. Al extremo de este atajo existe una cueva oculta por la enramada y los matorrales. ¡Oh! ¡cuán á propósito será aquella cueva, para entregarme en la soledad y el silencio á mis amargas consideraciones!

Y luego alzando los ojos al cielo, cuyo azul oscuro empezaban á blanquecer los destellos sonrientes de la aurora, dijo:

— ¡Padre de misericordia! Yo te bendigo por tu inagotable bondad; no me desampares, Señor; no mires la enormidad del pecado que he cometido contra tí, sino los ruegos de aquella purísima criatura, que tú has hecho Madre del dolor y Madre de pecadores. Mírame con ojos de clemencia, y mándame un ángel, para que recoja en la copa de tu misericordia las lágrimas de mi arrepentimiento, á fin de que cuando la copa se halle llena, pueda derramarla sobre la página en que se halla escrito mi pecado, y borrarle de allí para siempre.

Después de haber dirigido al cielo esta oración fervorosa, Pedro encaminó directamente su paso á la cueva, en la que terminaba el sendero.

Al llegar á ella apartó resueltamente las ramas que obstruían el paso, y que ocultaban perfectamente la entrada, y dijo:

— Ángeles, que habeis visto con horror el pecado de Pedro, yo os invito para que vengais á presenciar las lágrimas que su recuerdo me hará verter en este lugar solitario.

Y diciendo esto penetró en el interior de la cueva, mientras que en él se percibía un ruido, como el que produce la corza espantada cuando intenta huir y las ramas del bosque le impiden el paso.

Pedro se detuvo, y con voz enronquecida dijo:

— ¿Quién hay aquí? Yo pensaba hallarme solo.

Nadie contestó á las palabras de Pedro, y este, pensando tal vez haberse preocupado, siguió adelantando por entre las tinieblas que dominaban en el interior de aquel antro.

Y otra vez el ruido que percibiera antes el apóstol llegó á sus oídos, pero mas distinto, mas perceptible.

Pedro repitió:

— Soy hombre de paz, y no intento molestar á nadie con mi presencia importuna. Tal vez algun desgraciado se oculta aquí; respetemos su desgracia; librémosle de mi presencia; dejémosle llorar en paz, sin testigos que le avergüencen por las lágrimas que derrama.

Y volviéndose hácia la entrada de la cueva para salir de ella, añadió:

— El Dios del consuelo, el Altísimo que derrama las consolaciones inefables, mitigue el dolor de los tristes, y llene de sonrisas las almas de los que lloran. Hermanos míos, ya os dejo, y al dejaros os ruego que perdoneis la importunidad de mi presencia. Adios; un desgraciado os desea la felicidad en este valle de miserias y en el seno de Abraham.

Pedro avanzó hácia la puerta de la cueva, cuando una voz muy baja, saliendo del fondo de la gruta, dijo:

—¿No os parece la voz de Simon Pedro?

—¿Quién repite aquí mi nombre?—dijo el anciano apóstol con sorpresa, y retrocediendo algunos pasos;—¿quién sabe aquí el nombre de un pecador como yo?

—¡Es él...—dijeron nueve voces á la vez, adelantándose hácia Pedro para abrazarle los nueve hombres que habian pronunciado aquella frase.

Pedro estaba tan absorto por sus tristes meditaciones, que no conoció á los que iban á estrecharle con cariño entre sus brazos.

Y retrocediendo un paso, pensó que tal vez aquella circunstancia era la ocasion que le ofrecia el Eterno, de esponerse á un riesgo por confesar á Jesucristo; así es que dijo con entonacion decidida:

—¿Qué puede haber de comun entre vosotros y yo? Yo soy Pedro, yo soy hijo de Jonás el pescador; yo soy un vil y miserable pecador, pero yo soy tambien discípulo de Jesús de Nazareth, del Mesías, del Hijo del Dios Altísimo. Sí, yo soy Simon Pedro; ¿qué me quereis?... Si sois enemigos del Cristo lo sois míos tambien; si quereis cebar en mí la saña y rabia que teneis al inocente, aquí estoy yo, dispuesto á morir por mi divino Maestro. ¿Qué quereis?

—¡Pedro!—esclamó una voz con fuerza, —¡él es! Pedro, ¿no nos conoces? Nosotros somos tambien discípulos de Jesús; nosotros somos tambien amigos del Hijo único de Dios. Yo soy Santiago; ¿te acuerdas? Á tu lado estaba en el huerto, y como tú he desenvainado la espada para defender á nuestro adorado Cristo.

—¡Ah!—esclamó Pedro entonces arrojándose á los brazos de Santiago, —dichoso tú, amigo mio, que no has

ennegrecido tu alma, que no has desvirtuado la generosa accion del huerto, cuando en compañía del pecador que te habla, saliste á la defensa del que padeciendo nos redime. Sí, dichoso tú, y ¡ay de mí! ¡que pagado de mi valor he ofendido al Cristo, he negado á nuestro Maestro, héme hecho indigno de llamarme vuestro amigo!

—¿Qué dices, Pedro?—esclamó Santiago con asombro, sin acertar á darse cuenta de las palabras, que el anciano apóstol conmovido proferia.

—¡Dichosos vosotros, á quienes la prudencia ha encerrado en esta cueva, y desventurado de mí, que confiado en mi valor, he dirigido mis pasos por el camino de perdicion!

Como se comprenderá, las palabras de Simon Pedro eran un misterio impenetrable para los compañeros de Santiago, puesto que no se hallaban con antecedentes para esplicárselas. Este misterio, pues, les llenaba cada vez mas de asombro, y aumentaba su perplejidad.

Santiago preguntó con mas instancia al anciano y querido amigo que retenia entre sus brazos:

—¿Quieres esplicarnos, amigo mio, el secreto de las misteriosas palabras que acabas de dirigirnos?

Pedro, siguiendo siempre el curso de sus ideas, impedido por la fuerza de su dolor, en vez de contestar á la pregunta de Santiago, le dijo de una manera estraña:

—¿Cuántos amigos se hallan en tu compañía?

—Todos los que el divino Maestro llamaba sus apóstoles, menos Juan y el vil Iscariote.

—Pues bien, amigos míos, —prosiguió Pedro, —escarmentad en cabeza ajena; no os movais de aquí; mas vale que os oculteis en el seno de la tierra, que no que saliendo á la luz os espongais á pecar contra el Señor, como lo he hecho yo. Ayer era digno de estrecharos sobre mi

corazon; ayer era digno de llamarme vuestro amigo, vuestro hermano, pero hoy solo soy merecedor del desprecio, y los brazos que me estrechan contra su pecho, se tiznan á mi repugnante contacto, y los labios que me dirigen una palabra de cariño se ennegrecen y se afean, porque soy el mas vil, el mas bajo, el mas despreciable de los hombres!

Santiago y los demás apóstoles, oyendo las palabras de Pedro, que les parecian bastante incoherentes, temieron tal vez que la razon del afligido discípulo se hubiese trastornado, contemplando los duros tratamientos de que Jesucristo habia sido inocente víctima, y bajo la impresion de este temor, rodeáronle con mas solicitud, y le colmaron de mayores atenciones.

Estas atenciones, y el desinteresado afecto que las producía, afectaban mas y mas el corazon del arrepentido apóstol, sediento de humillaciones para espiar su pecado. Y confundido sollozaba.

Santiago, continuando en el uso de la palabra, dijo con voz conmovida y llena de interés, á su amigo:

—Tus palabras son para nosotros tan misteriosas é impenetrables como el seno de la noche. Dígnate, pues, aclarárnoslas, amigo mio, porque nos tienen llenos de confusión. Siéntate entre tus amigos; calma la sobreescitacion de tu espíritu, y cuando te hayas tranquilizado un poco, entonces te rogarémos que nos espliques el enigma que envuelven tus frases; te suplicarémos que nos hables de nuestro amado Maestro, á quien tan cobardemente hemos abandonado, precisamente en la hora en que mas debia prometerse de la amistad que le demostrábamos, y del sincero amor que le tenemos.

—; Sentarme entre vosotros, que permanecéis fieles al Señor! ; sentarme entre los que tienen la fortuna de no ha-

ber renegado de su divino Maestro, cuando debo esparcir ceniza sobre mi cabeza, vestir mi cuerpo con un áspero cilicio, y sentarme sobre polvo vil, para llorar la vileza de mi pecado!... ; Oh! no; esto no puede ser; yo no puedo continuar en vuestra compañía, porque el aire que respirais es puro, y mi álito corrompido lo infestaria; porque vuestras conciencias permanecen inmaculadas, y yo tengo la mia ennegrecida por el mas horrendo pecado, por el pecado de la ingratitud. No espereis, pues, que permanezca á vuestro lado mas tiempo del que necesito para referiros mi crimen, á fin de que vindiqueis al Maestro divino rechazándome con horror de vuestra compañía; á fin de que escarmenteis en la cabeza de Pedro, para no dejaros guiar nunca por la vana curiosidad; para que no os dejéis fanatizar por los vanos alardes, que haga de vuestras fuerzas y valor vuestro propio corazon.

Oid, discípulos fieles de Jesucristo; oid la historia del pecado del mas jactancioso de vosotros, y despues arrojadme de vuestra compañía, porque solo merezco el desprecio; porque no soy digno de que me dediqueis ni siquiera una palabra de indiferencia.

Esta es la historia de mi iniquidad.

Los nueve apóstoles se agruparon mas y mas en torno del compañero que lamentándose les hablaba, y sin saber aun si compadecerle ó admirarle, esperaron que Pedro empezara su relacion dolorida.

Esto no se hizo esperar, pues con el afán, con el vértigo doloroso que dominaba al anciano, con el deseo irresistible que tenia de humillarse y espiar su pecado de todas maneras, habló asi á sus compañeros:

—¿Lo recordais? «¡Esta noche todos me abandonaréis!» nos dijo el Maestro con sentida entonacion; y vosotros, mas

humildes que yo, os quedásteis tristes y meditabundos, porque aquella frase era un vaticinio tristísimo, un reproche amoroso. Yo, mas orgulloso, mas locuaz, mas confiado en mí mismo, yo pretendí convencerle de lo contrario, y le dije: «Aunque todos te abandonen, yo permaneceré fiel á «tu amistad, yo estaré á tu lado, y no te abandonaré aun «cuando sea preciso morir contigo.» Vosotros siguiendo mi ejemplo repetísteis tambien mis palabras, pero esas palabras las inspiraba en vuestros corazones el amor, y las mias inspirábalas el orgullo, esa mala víbora que sabe ocultarse entre las flores de la amistad, y que sin que se haya uno dado cuenta de su presencia, vierte el mortal veneno en el corazon del incauto, que no ha sabido descubrirle á tiempo para aplastarle la cabeza, ó para evitar su letárgica presencia. Yo tenia oculta en el fondo del pecho la víbora del orgullo, aun cuando no lo sabia; es mas; aun cuando no quise verla cuando el Maestro me la enseñaba. ¿Lo recordais? Yo tengo sus palabras grabadas en la memoria, y su recuerdo arranca ahora lágrimas de sangre á mi corazon. Jesús, contestandó á mis reiteradas protestas de fidelidad; Jesús, queriendo llamarme al buen camino, me dijo entonces para hacerme enmudecer, para dirigir un cariñoso y saludable llamamiento á mi corazon tenaz y vanidoso: «Tú te empeñas en convencerme, que «si es preciso, léjos de abandonarme morirás conmigo, y «yo te digo, que esta misma noche, antes del segundo «canto del gallo, me habrás negado tres veces.» ¿Lo recordais, discípulos del Señor? Yo insistí, prefiriendo dar crédito antes á la voz de mi orgullo y de mi vanidad que á sus vaticinios sagrados, y hé ahí que ahora el vaticinio ha tenido cabal cumplimiento! Las palabras del jactancioso Pedro se han desvanecido como humo y neblina, y la pro-

fecia del Salvador de los hombres cumplida ya, abre la fuente de las lágrimas, desata el manantial de los remordimientos en mi agitado corazon; en mi corazon, que del pecado del orgullo ha pasado al pecado de la negra, de la ingrata infidelidad; de mi corazon caido en la sima tenebrosa del perjurio y de la infamia mas repugnante!...

Pedro se detuvo un momento para suspirar.

Los apóstoles, aterrorizados por la relacion de su compañero, no sabian de qué manera espresar los afectos que dominaban en sus almas débiles, es verdad, pero limpias de la negra ingratitud del anciano.

Tomás Dídimó fue el único que tuvo valor para esclamar con entonacion de asombro y de disgusto:

— Pedro, ¿y tú has tenido valor para negar al Ser divino, que se habia dignado llamarte su amigo, que habia compartido contigo sus alegrías y sus tristezas, sus trabajos y sus privaciones; que te habia distinguido con su amistad, y que cuidaba de tí con la solicitud con que una madre la mas tierna cuida de su hijo mas querido?... ¡Pedro! ¿Tú has tenido valor para negar á nuestro divino Cristo? ¡Oh! con verdad dices que tu pecado es muy grande; con verdad te entregas á los trasportes del dolor!

La voz de Tomás Dídimó era bastante áspera al dirigir esta severa recriminacion al anciano; recriminacion justa, que Pedro oia con la cabeza humildemente inclinada, pero que Tomás al dirigírsela faltaba á los preceptos de la caridad, que tantas veces viera practicar á su divino Maestro.

Tomás en vez de animar á Pedro le humillaba; en vez de inspirarle la confianza en Dios, parecia dar mas gravedad al pecado; en vez de mitigar la acritud de la contricion, de que el débil Pedro estaba dando pruebas, envenaba la herida con algunas gotas de acíbar.

María había consolado al afligido apóstol, y Tomás le atribulaba; aquella ejercía la caridad purísima, este tal vez daba eco á las voces de las pasiones mal dormidas del corazón humano, que se rebelan constantemente contra los seres mas santos y mas dignos del Altísimo.

¡Mientras Dios perdonaba el hombre reprendía!... ¡Ah! ¿quién sabe si la falta de fe que mas tarde afligió á Tomás, fue una lección que le dió el Altísimo por la falta de caridad que acababa de tener con Pedro? ¿Quién sabe si la causa de ser Tomás el último en ver resucitado á Jesucristo, fue un castigo que le impuso el Omnipotente?

Dios es todo caridad; por caridad el Eterno Padre mandó su divino Verbo al mundo; por caridad el Hijo del Altísimo vino á padecer la afrentosa muerte de la cruz; por caridad nos salva á los que creemos y esperamos en Él, y nos hacemos dignos de su amor por medio de nuestras buenas obras. Por consiguiente las faltas que se dirigen contra la caridad son las que mas disgustan al Señor, por ser las que mas se oponen á su naturaleza divina, y por tanto, estas faltas deben ser las que con preferencia castiga el inflexible y recto Justiciero.

Tomás había faltado tal vez á la caridad, no por las palabras que dirigiera á Pedro, sino por el espíritu que movía su corazón al proferirlas.

El anciano y arrepentido apóstol, lejos de darse por ofendido oyendo las acriminaciones de su amigo, humilló su alma, y confesó que eran merecidas.

—Ojalá;—dijo, cuando Tomás hubo puesto término á las increpaciones que le acababa de dirigir;—ojalá mi pecado pudiera borrarse recibiendo las justísimas acriminaciones que podeis dirigirme, y entonces mi alma suplicaría al Señor, que pusiera en vuestros labios las palabras mas du-

ras, y los mas violentos apóstrofes, para humillarme y para significarme el horror con que mirais al ingrato Pedro, quien no merece ya el dulce nombre de compañero vuestro. ¡Ay! ¡cómo sentiria aumentarse mi amor hácia vosotros, si supiera que vuestros reproches justísimos, habian de ser parte para que diera á mi Dios y Señor una reparación! Verdad es que me habeis amado mucho; verdad es que me habeis dado muchas pruebas de vuestra leal amistad, pero tambien es cierto que nunca podríais darme un testimonio tan perenne de cariño, como humillándome, como echándome en cara mi pecado, como tratándome de sonrojarme á mis propios ojos, para que me humillara á la presencia del Señor que he negado, confesando que es mucho mas lo que merezco por mi incalificable iniquidad.

Pero dejad que continúe la relacion de mi infamia; dejad que ponga de manifiesto á vuestros ojos lo que el desdichado Pedro ha podido hacer; dejad que ponga á vuestros ojos la historia de mi pecado, á fin de que al conocerle tengais nuevos motivos para despreciarme, y me retireis la mano amiga que me presentábais cordialmente poco ha, y me arrojeis de vuestra compañía con desprecio, porque un vil como yo no merece respirar el aire que vosotros respirais; no debe hallarse en compañía de los buenos y de los fieles.

Tomás al oír las profundas humillaciones de Pedro, tuvo un gran pesar de haberle dirigido las severas frases que hemos visto en sus labios, mas no dijo al desconsolado compañero ni una palabra de consuelo.

Santiago por su parte compadecido de la debilidad y del dolor de Pedro, díjole con voz conmovida:

—Anímate, amigo mio, porque Dios es toda misericordia, y escruta los corazones de los hombres para leer en

ellos su iniquidad y castigarles, ó para hallar en ellos el arrepentimiento y perdonarlos.

—Yo tengo esperanza en la bondad del Altísimo, porque sé que esa bondad es inagotable; porque sé que esa bondad es mas grande que mi pecado; porque sé que esa bondad tiene mas deseos de perdonarme, de los que tengo yo de alcanzar su perdón. Y ¿crees tú, Santiago, crees tú que viviría si no me animase la esperanza en la misericordia del Señor? ¿Crees tú que mi corazón no hubiera estallado dentro de mi pecho, á no tener la certeza de que Dios me perdonará si hago penitencia de mi pecado? Perdonó á la Magdalena, perdonó á la mujer adúltera, y aunque mi culpa es mayor que la de esas mujeres hoy regeneradas, esto, sin embargo, perdonar al criminal Pedro no le costará ningun esfuerzo, harálo naturalmente, porque para perdonar ha venido al mundo; porque su corazón inflamado de amor, sediento de martirios, alentado por el espíritu del Altísimo, no sabe derramar por todas partes mas que amor é indulgencia; no sabe proferir otras palabras que de cariño y de perdón. Yo sé que Dios me perdonará, y por eso quiero descubrir á vuestros ojos la grandeza de mi iniquidad, para que veais manifiesta un día la grandeza de la clemencia divina. Oid, oid la continuacion de la triste historia de mi pecado.

Pedro hizo una ligera pausa como para tomar aliento. Sus compañeros le escuchaban compadecidos de él, sin osar desplegar los labios para interrumpirle con una palabra siquiera.

Tomás Dídimio se dolía de haber dirigido aquellas duras palabras al anciano apóstol, y hubiera querido no haberlas dicho, aun cuando esto le costara algunos días de su vida.

Tomás se decía:

—Un alma que llora no te ha movido á piedad, y te

has complacido ensangrentando la llaga que desgarró sus entrañas. Tomás Dídimio; ¿es esto lo que has aprendido en la escuela de Jesús? ¡Ay del que aflige al triste, porque en los días de su amargura, no encontrará corazones que se compadezcan de él!...

Tomás arrepentido calló, para oír la relacion del afligido Pedro, que fue hecha de la siguiente manera:

—Tanto mas profundo es el abismo en que cae el orgulloso, cuanto mas alto ha pretendido subir, cuanto mas ha confiado en sus fuerzas. Así me ha sucedido á mí, pues presumiendo poder arriesgar la vida para morir con el Cristo, he venido á negarle, no una sino tres veces; no con una negacion simple, sino acompañándola de infidelidades, de perjuros y de tremendas imprecaciones. Quiera el Altísimo que estas imprecaciones no caigan sobre mi cabeza, quiera el Altísimo despreciar mi voz como si fuera la de un loco, pues loco estaba en aquel momento, en que el huracán del infierno me arrastraba envuelto en uno de sus torbellinos espantosos.

Mientras que vosotros huíais, porque el corazón os decía que no teníais fuerzas para morir en compañía del divino Maestro, yo arrebatado por el vértigo de la vanidad seguía sus pasos de lejos. El orgullo, el amor y la curiosidad, formando un monstruoso compuesto, me arrebataban llevándome á la casa del maldito Caifás, á la casa de esa víbora, que el infierno ha vomitado, para que esparciera veneno y tormentos entre el pueblo de Dios. El pobre Juan, esa alma angelical, tan noble, tan resuelta, tan pura, seguía también á Jesucristo por habérselo ordenado aquella Mujer incomparable, en la cual estriba mi esperanza, y al hallarme Juan á las puertas del palacio de la iniquidad, quiso disuadirme de mi propósito de penetrar en él, mas

como no pudo conseguirlo, alcanzó de la criada que guarda la puerta me franqueara la entrada. Ojalá que aquella vil mujer, teniendo piedad de mí, hubiese desoído los ruegos de Juan; ojalá que hubiera persistido en su negativa, y yo no tendría ahora ocasión de arrepentirme de mi pecado, y vosotros no tendríais razón de mirarme con horror.

Yo me hallaba tembloroso. Deseaba penetrar en la casa, y al mismo tiempo lo temía, porque una voz secreta gritábame desde el fondo de mi pecho que renunciara á mi propósito, pero pudo más mi curiosidad mujeril que los llamamientos de la gracia, que las advertencias de Juan, que todos los misteriosos temores que me asaltaban, y así fue como impulsado por la curiosidad vana, penetré temblando en el palacio del crimen; en aquella casa donde el infierno ha trasladado sus reales, y donde se martiriza á Jesucristo, con tormentos á los que no pueden compararse los de la madre de los Macabeos.

La criada me siguió; toméme ojeriza yo no sé por qué, y ella fue siempre el motivo de mis tres negaciones. Yo temía la muerte; yo me hallaba espantado viendo lo que habían hecho á Jesús, oyendo las relaciones de los propósitos de cuanto pensaban hacer con él, y estas relaciones ¡ay! crispaban mis nervios, llenábanme de terror. Tenía la boca seca, pegada la lengua al paladar, el cuerpo bañado en sudor frío, erizados los cabellos, frecuentemente los escalofríos recorrían todo mi cuerpo, y la médula se deshacía dentro de mis huesos, al mismo tiempo que mi corazón amedrentado apenas osaba latir, porque temía que sus latidos fueran voces comprometedoras, que descubriesen en mí al discípulo del inocente Ser que habían martirizado tanto, y que tanto se proponían martirizar. Debía hallarme horriblemente pálido, y mis facciones desencajadas,

porque la atmósfera criminal que se respiraba allí, envenenaba el alma y precipitaba la vida del cuerpo.

¡Cuántas veces mi corazón me dijo ¡huye! mas no sé qué misterioso poder me lo impedía! ¡Cuántas veces mis ojos se volvieron hácia la puerta para salir de allí! pero mis pies se negaban á obedecerme, porque les tenía clavados en el pavimento la debilidad para el bien, que se apoderara de mí, en el instante en que se apoderó de mi corazón el pecado, bajo las apariencias de la curiosidad y del orgullo. Tal vez en aquellos momentos en que Juan me exhortaba, para disuadirme del propósito de entrar en la casa de Caifás, tal vez en aquellos momentos, un honor mal entendido se apoderó de mi corazón, sin yo conocerlo; juzgábame tan fuerte como Juan, para respirar la atmósfera de pecado que allí se respiraba, sin tener en cuenta que Juan llevaba por antídoto la bendición de María, cuyos deseos maternales para satisfacer entraba en la casa, mientras que yo iba solo para satisfacer mi vana curiosidad. Por eso presumía poder resistir al contacto del pecado, tanto como Juan, por lo menos; por eso mientras Juan salía llorando de compasión y de horror, mientras abandonaba el palacio hallándose tan digno y puro como antes de entrar, yo salía también del palacio llorando, pero llorando, no los martirios de Jesús y la ingratitud del pueblo, sino mi propia ingratitud, mi enorme iniquidad.

¡Oh! ¡cuán justamente ha castigado Dios mi loca presunción! Yo el que me jactaba de tener ánimos para defender al Cristo, exponiendo mi vida, yo he pecado contra mi Dios, temiendo las palabras de una esclava! ¡Terrible lección para los que se jactan de bastarse á sí mismos; para los que prescinden del Altísimo, porque presumen que son bastantes sus propias fuerzas para salir vencedores y ai-

rosos en todos los asuntos que emprenden! Sí, amigos míos, la criada del pontífice ha sido la que por tres veces ha llenado de pavor mi alma; la que por tres veces me ha puesto en el triste caso de negar á mi divino Maestro! ¡Ay! ved cuán humillado se encuentra aquel Pedro que tanto confiaba en sus fuerzas! No es un hombre el que le hace negar á Jesús; es una mujer, y el que no temblaba en el huerto en presencia de los verdugos armados, lleno de pavor y de insigne debilidad, ha negado por tres veces al Maestro querido, y la voz de una mujer le ha inducido á tan incalificable crimen! ¿Quién habia de ser sino una mujer el que hiciera vacilar á Pedro, movido solo por los vicios y pasiones que mas privan y dominan en el corazon de las mujeres mas vulgares?

Los verdugos me rodeaban amenazadores, y yo temblaba por mi vida; temia que se reprodujesen en mí los martirios que daban al Cristo, y este temor insensato, hizo que negara sencillamente por primera vez al Mesías; y como que mi alma habia ya incurrido en el pecado, en la segunda vez fue mas débil, así es que aumenté las proporciones de mi crimen, poniendo por testigo al Eterno de que no conocia á Jesús. ¡Ved la gradacion que observan las almas para hundirse en la sima de la iniquidad!... ¡La tercera vez negué lo mismo con juramentos, con protestas, con imprecaciones horrendas, que llamaba sobre mi cabeza, si conocia al Salvador de los hombres!... ¡Oh! ¿cómo no se abrió la tierra, vomitando llamas, para devorarme, cual se abrió para tragar á los sacrílegos Datán, Coré y Abiron? ¿Cómo no vinieron sobre mí las imprecaciones, que con el vértigo del pecado mi lengua proferia, llenando de pavor y estremeciendo mi alma? ¡Cuán grande es la misericordia de Dios! ¡cuánto el amor que profesa á este miserable

y vil gusano de la tierra! ¿Qué seria de mí, Señor, en este momento, si hubiéseis oido la voz de este pobre loco? ¡Querria salvar mi vida; querria librarme del martirio negándoos y perjurando, y me precipitaba en los brazos de la muerte eterna, y me hacia acreedor á los tormentos sin fin, que despedazan las almas de aquellos, que por sus pecados han merecido el fuego del infierno! ¡Ay! yo me horrorizo al considerar el porvenir que me esperaba, si entonces vos hubiéseis castigado con la muerte mi iniquidad inaudita! ¡Cuán misericordioso sois, y cuán lleno de clemencia está vuestro divino pecho!

Mi última negacion, mis imprecaciones y mis perjuros, llegaron mas bien al corazon de Jesús que no á sus oidos, y olvidándose de sus tormentos y de su martirio, no se acordó mas que del apóstol que le negaba; del apóstol que se habia hecho reo de las iras y de los ardores de la Geenna, y deseando conducirle á buen camino, envióme una mirada llena de ternura, mirada que derritió mi corazon en lágrimas, que abrió mi pecho al dolor, que recordó á mi espíritu indigno todo lo que debia al inocente Maestro, haciéndome ver toda la ruindad de mi proceder. Aquella mirada redentora prometia el perdon al desdichado Pedro, y no pudiendo mostrarme sordo á tan dulce llamamiento, salí resuelto de aquella casa maldita, y busqué las tinieblas para llorar mi pecado.

Juan me encontró y me condujo á las plantas de María. Las palabras de la Madre de los pecadores vertieron un bálsamo saludable en mi pecho, y obtenida la seguridad de que intercederia por mí, he dejado su presencia para buscar un rincon de la tierra, donde solo con mis amargos recuerdos pueda llorar, hasta que mi espíritu convertido en lágrimas, se haya derramado todo á la presencia del Dios bondadoso al cual ofendi.»

Terminada su relacion, Pedro dejó caer con abatimiento la cabeza sobre el pecho, y exhaló hondos y apesarados gemidos.

Despues prosiguió:

—Os he referido la historia de mi pecado, para que sepais quien es el que os habla; para que le arrojéis de vuestro lado; para que retireis la amistad con que le distinguáis; para que arrojéis de vuestros corazones, como una cosa despreciable, el amor que me profesábais, y en fin, para humillarme ante vosotros, ya que tan exaltado me habeis visto antes, por la amistad y generosa ternura del Hijo de Dios, á quien tan vilmente he negado... Este es Pedro; este soy yo! Ahora que me conoceis, discípulos fieles del Salvador, permitid que me ausente. No es entre vosotros ya donde Pedro el ingrato debe vivir...

Cuando el anciano apóstol terminó estas palabras, que á su corazon dolorido arrancaba su profunda humildad y arrepentimiento, todos sus compañeros lloraban, adivinando á la vez la grandeza de su pecado, y la grandeza de su dolor.

Y no podian pronunciar una palabra, cuando el anciano y arrepentido apóstol continuó:

—Ahora adios. Mi corazon al despedirse, no sabe implorar para vosotros otro bien que el de que permanezcáis fieles al Amigo generoso, al Dios humanado que tanto he ofendido...

—Pedro; — esclamó Santiago abrazándole; — ¿y nada nos encargas para el amigo que nos abandona?

—¡Oh! si alguna vez os acordais del ingrato que os dirige la palabra, sed generosos conmigo, por mas que no lo merezca; elevad al cielo una plegaria para que Dios se apiade de mí.

—Desdichado amigo mio! — díjole Santiago sollozando y apretándole tiernamente contra su pecho; — nosotros rogarémos por tí, y Dios se compadecerá de todos, porque tambien nosotros hemos pecado abandonando al divino Maestro, que no nos abandonaba por cierto durante los dias de su triunfo.

Santiago hizo una pausa y luego continuó:

—Pedro; ¿por qué quieres dejarnos? ¿Por qué no quieres llorar entre nosotros? Todos te amamos, y mezclaremos nuestras lágrimas con las tuyas, y confundirémos en uno nuestro mútuo dolor. Así las aflicciones de todos serán mas llevaderas para cada uno, y el apóstol animará á su compañero. ¿No somos acaso miembros de la familia del Redentor; no tienes tú derecho á participar de nuestros pesares? ¿No tenemos nosotros derecho á llorar contigo? ¿Quédate, Pedro; todos los que estamos aquí te compadecemos y te amamos entrañablemente!

—¡Imposible! Dejad que el torbellino que me arrebató me lleve en pos de sí; dejad que Pedro, que ha nacido para el dolor, vaya á saturarse de amargura en la soledad.

—¿Estás resuelto?

—Sí.

—Pues bien; Pedro, hermano mio, acuérdate que hay almas en el mundo que te aman mucho, y si algun dia necesitas la voz de un amigo, no te olvides de que para nada ha desmerecido ante nuestros ojos, aquel á quien Dios ha perdonado ya.

—¡Dios os bendiga!

Los apóstoles estendieron sus brazos en ademan de querer abrazar al anciano y despedirse de él, pero no fue posible ya, porque Pedro sollozando se hallaba fuera de la cueva.

La luz del alba irradiaba hermosa en el cielo, y las sombras de la noche se replegaban á toda prisa en el occidente, porque los rayos del sol no estaban muy distantes del horizonte de la Palestina.

CAPITULO IV.

Pedro y Judas Iscariote.

La Providencia divina dirigia sin duda los pasos de Simon Pedro.

En nuestra opinion suponemos que abundarán los amables lectores de esta obra, no bien hayan llegado al final del presente capítulo, para lo que nos será indispensable seguir al afligido apóstol.

Es de justicia que, toda vez que le hemos seguido en todos los episodios de su caída, le sigamos tambien en algunos de su dolor, para rehabilitarle como corresponde.

Pedro salió mas brillante del seno del dolor y de la penitencia, de lo que era antes de su caída, como un metal pasado por el crisol sale mas hermoso, no bien el fuego le ha purificado.

La caída de Pedro fue providencial. Dios la permitió en el que destinaba para príncipe supremo en la tierra de su divina Iglesia, porque amaestrado por su caída, tuviese siempre presente la fragilidad de los hombres, cuando él mismo habia incurrido en tan grave pecado como era el suyo, á pesar de pertenecer al número de los escogidos por

Jesucristo, para difundir la doctrina salvadora por todo el universo.

Las llaves de las puertas del cielo debian entregarse á Pedro, con la facultad de atar y desatar las fuertes ligaduras del pecado, con las cuales encadenara Satanás los hombres á su causa de perdicion, y como quiera que lo que Pedro debia perdonar en la tierra lo perdonaria tambien Dios en el cielo, por eso la Providencia divina permitió el pecado del apóstol, para que teniendo en cuenta la fragilidad humana, y la misericordia que con él habia obrado el Altísimo, no se convirtiese en un juez inexorable, sino lleno de misericordia y de benignidad, para cuantos arrepentidos se postraran á sus plantas, á fin de implorar el perdon de sus pecados, por graves que estos fuesen.

Mas dejando á parte disertaciones que no estamos autorizados para hacer, dirémos que una vez el príncipe de los apóstoles se halló fuera de la gruta donde sus demás compañeros quedaban, espantóse al ver los claros destellos del alba, y la vergüenza y el rubor de su alma crecieron de punto, al considerarse tan pecador y tan despreciable á la luz del dia.

—Ayer, — se dijo; — el Maestro nos mandó á Jerusalem para que le preparáramos la pascua, y yo fuí uno de los dos elegidos para esa comision. ¡Quién habia de decirme que al rayar la aurora del siguiente dia, yo, tan amado y tan distinguido por Jesús, habia de haber correspondido tan ingratamente á las bondades y á la confianza que de mí hacia!... ¡Espantoso es tu pecado, indigno Pedro, meditado entre las sombras de la noche, pero á la luz del dia, parece aun mas repugnante y horrendo!

Y dichas estas palabras encaminó su paso al azar, faldeando la montaña. Cuando estuvo algo distante del lugar